

LA JUVENTUD LITERARIA.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO VII.

SUSCRIPCIÓN: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

MURCIA 17 DE NOVIEMBRE DE 1895.

La correspondencia al director. Redacción y Administración: Apóstoles, 11, bajo. Número suelto 10 céntimos.

NÚM. 291.

La Juventud Literaria

PALIQUE.



SALUDO, antes de nada, á mis queridos lectores, para decirles, que esta semana escribo el Palique con más gusto que la anterior, y sin embargo,

puede que resulte mas deficiente.

Pero... salga lo que salga, señoras, yo no me apuro; escribo más que *El Tostado* aunque carezca de asunto, pero jamás he podido escribiendo, hacer un duro.

Ya está hecha la intruducción y puedo, por lo tanto, hacer un Palique de actualidad.

El invierno tiene sus convenientes y sus inconvenientes.

Los convenientes que nos proporciona, cuando llueve, son sorprendentes.



Exhibición de piecitos encantadores, piecitos que son capaces de trastornar hasta al mismísimo «convidado de piedra».

El pié de la mujer, generalmente, es pequeño y á más de pequeño, bonitísimo.

Dejemos los piés, porque nos enloquecen, y vayamos á los inconvenientes del invierno.

Los inconvenientes que tiene este tiempo,

son malos, malísimos, para el que está encueros.

Yo sé de un amigo que no tiene un *perro*, que no tiene capa, ni traje de invierno, ni tiene esperanza de cubrir su cuerpo, ni con capa usada, ni con traje nuevo.

¡Pobre amigo mío! ¡Yo te compadezco y le pido á Dios que tengas dinero, pues la pulmonía propia es del invierno, y este inconveniente liela hasta los huesos.

En varias casas de la buena sociedad murciana pasan estas noches de invierno haciendo música, y en las de la clase media, haciendo ganchillo y contando cuentos.

Cada uno pasa las tristes y frías noches de invierno del mejor modo posible.

Hará un año, sobre poco más ó menos, que asisti á una *reunión invernacula*, como dice mi amigo Pepe Tolosa, y oí tocar al piano á una joven encantadora, aquello de: «No llores más», y tan bien lo ejecutó, que los que asistieron á la *invernacula reunión*, salieron enjugándose las lágrimas de sus ojos.



¡Oh! Hay algunas señoritas que, con sus delicadas manos, hacen prodigios.

Yo sabía que repartiendo *tortas* se hacían derramar lágrimas, pero con un piano..... vamos, parece increíble.

Los Tenorios callejeros hacen de las suyas en la presente época de invierno.

En Madrid, dice un colega, se presenció hace noches, en la Carrera de San Gerónimo, un caso muy gracioso.

Dos jóvenes, con sobretodo y chistera, piropearon á dos encantadoras huries, y cuando uno de ellos se atrevió á más, recibió una bofetada, que le dejó turulado.



Ellas siguieron su interrumpida marcha, y ellos fueron la irrisión de los transeuntes.

En las lides del amor abundan las bofetadas y se ven cosas muy chuscas y cosas extraordinarias, porque hay algunos Tenorios que nunca respetan nada, ni á las mujeres solteras, ni á las mujeres casadas.

A los que van conquistando, bien por calles, bien por plazas, les resultan, casi siempre, los tiros por la culata.

Ha sido quemado vivo en Méjico, y en la plaza llamada, Mayor de Tejas, un negro, porque á una blanca, despues de haberla violado, la dió varias puñaladas.

El marido prendió fuego á la hoguera en que quemaban al que asesinó á su esposa, cual si fuera un Torquemada.

Y aquí termino el Palique pues no quiero dar más *lata*; vóyme á tomar chocolate, porque me llama la fámula. Si quieren acompañarme... les ofrezco una mojada.

RAMON BLANCO.



LA MANTA

Un padre casó á su hijo y le donó toda su fortuna. Quedóse á vivir el padre con los recién casados, y así pasaron dos años, al cabo de los cuales nació un hijo de aquel matrimonio.

Fueron luego sucediéndose los años, uno tras otro, hasta catorce. El abuelo, valetudinario, ya no podía andar sino apoyado en su bastón y sentíase sucumbir bajo la adversión de su nuera, la cual era orgullosa y vana, y decía continuamente á su marido:

—Yo me voy á morir pronto si tu padre continua viviendo con nosotros. Me es imposible aguantarle por más tiempo.

El marido se fué á encontrar á su padre y le habló de esta manera:

—Padre, salid de mi casa. Ya os hemos mantenido por espacio de doce años ó más. Idos á donde queráis.

—Hijo, no me echéis de tu casa. Soy viejo, estoy enfermo y nadie me querrá. Por el poco tiempo que me queda de vida, no me hagás esta afrenta. Me contento con un poco de paja y un rincón en el establo.

—No es posible. Idos. Mi mujer lo quiere.

—¡Qué Dios te bendiga, hijo mío! Me voy, ya que así lo deseas; pero al menos dame una manta para abrigarme, pues voy muerto de frío.

El marido llamó á su hijo, que era todavía casi un niño.

—Baja al establo,—le dijo,—y dale á tu abuelo una manta de los caballos con que pueda abrigarse.

El niño bajó al establo con su abuelo, escogió la mejor manta de los caballos, la más holgada y la menos vieja, la dobló por la mitad y, haciendo que su abuelo sostuviera uno de los extremos, comenzó á cortarla en dos, sin hacer caso de lo que le decía el anciano.

—¿Qué has hecho, niño?—exclamó el abuelo.—Tu padre ha mandado que me la dieses entera. Voy á quejarme á él.

—Obrad como gustéis,—contestó el muchacho.

El viejo sale del establo y buscando á su hijo, le dice:

—Mi nieto no ha cumplido tu orden. No me ha dado más que la mitad de la manta.

—Dásela por entero,—le dice el padre al muchacho.

—No por cierto,—contestó el rapaz.—La otra mitad la guardo para dársela á vos cuando yo sea mayor y os arroje de la casa.

El padre al oír esto llamó al abuelo que ya se marchaba.

—Volved, volved, padre mío,—le dijo.—Os hago señor y dueño de mi casa, lo juro padre mío. No Comeré yo un pedazo de carne sin que vos hayáis comido otro. Tendreis

